

—Pero qué os he hecho yo? contestaba desfallecida la pobre jóven.

La reclusa no la respondió; pero irritada y burlona, la dijo con entonación de canto:

—Hija de Egipto!... hija de Egipto!... hija de Egipto!...

La desdichada Esmeralda inclinó la cabeza al creer que no estaba hablando con un sér humano.

De pronto exclamó la reclusa, como si la pregunta de la gitana hubiera tardado todo ese tiempo en llegar hasta su pensamiento:

—Qué me has hecho, me preguntas? Pues oye lo que me has hecho.—¡Yo tenía una hija, yo tenía una niña, una preciosa niña! Inés mia! continuó fuera de sí y besando un objeto en la oscuridad. Pues bien, hija de Egipto!, me quitaron la niña, me robaron á mi hija y se la comieron. Hé aquí lo que tú has hecho.

La gitana contestó:

—¡Pobre de mí, quizás entonces no habia nacido aun!

—Oh! sí!... seguramente habias nacido. Ella tendria ahora tu edad.—Quince años hace que estoy encerrada aquí; quince años que estoy rezando; quince años que sufro; quince años que me rompo la cabeza contra estas cuatro paredes.—Te digo que me la robaron unas gitanas; lo oyes? Te digo que se la comieron; lo oyes?—Me escuchas?... Pues figúrate una criatura que juega, una criatura que mama, una criatura que duerme. Es un sér tan inocente!... Pues eso es lo que me han robado, eso es lo que me han comido. Dios sabe que digo la verdad. Hoy me llega el turno y hoy voy yo tambien á devorar á una gitana. ¡Cómo te morderia si estas rejas no me lo impidiesen! Tengo la cabeza demasiado gruesa para poderla sacar. Pobre ángel! Mientras dormia!... ¡La despertarian al cogerla, gritaria inútilmente y yo no estaba allí!... ¡Madres gitanas, que habeis devorado á mi hija, venid aquí á ver á la vuestra!...

Reia la reclusa y hacia rechinar los dientes, y ambas cosas se parecian en su fisonomía horrorosa.

Empezaba ya á despuntar el dia; reflejo ceniciento alumbraba confusamente aquella escena, y cada vez se veia más claro el patíbulo levantado en la plaza. A la parte opuesta, hácia el puente de Nuestra Señora, se oia acercarse el ruido de la caballería.

—Señora, gritó Esmeralda, cruzando

las manos, hincando en tierra las rodillas, espeluznada y loca de espanto; señora, tened compasion de mí, que ningun daño os he causado. ¿Quereis presenciar cómo me matan á vuestra vista de ese modo horrible? Estoy segura de que sereis compasiva y dejareis que huya y que me salve. Soltadme! ¡Perdon! Yo no quiero morir así!

—Devuélveme mi hija! dijo la reclusa.

—Perdon! perdon!

—Devuélveme mi hija!

—Soltadme, en nombre del cielo!

—Devuélveme mi hija!

La jóven cayó por segunda vez al suelo, rendida, destrozada y con los ojos vidriosos de un cadáver.

—Ah! exclamó; ¡buscáis á vuestra hija y yo busco á mis padres!

—Tráeme á Inés, prosiguió Gudula.

No sabes dónde está? Pues entonces muere.—Escúchame. Yo era una mujer pública, pero tenia una hija y me la robaron las gitanas; ya ves que es preciso que mueras. Cuando tu madre venga á reclamarte, yo la diré: Madre, mira á esa horca, ó devuélveme mi hija. ¿Sabes dónde está mi preciosa hija? Mira, voy á enseñarte su zapatito; esto es todo lo que conservo de ella. ¿Sabes dónde está su compañero? Si lo sabes, dímelo, y aunque sea al otro extremo del mundo yo iré á buscarlo de rodillas.

Hablando así, con el otro brazo que sacó por la ventanilla enseñaba á la gitana el zapatito bordado, y era el dia ya bastante claro para poder distinguir formas y colores.

—Dejadme examinar ese zapatito, contestó la gitana estremeciéndose. Dios mio! Dios mio! Al mismo tiempo con la mano que le quedaba libre abrió precipitadamente el escapulario recamado de abalorios verdes que llevaba pendiente al cuello.

—Sí, sí, la decia Gudula; registra tu amuleto del demonio!

De repente la reclusa se interrumpió á sí misma, todo su cuerpo se estremeció, y gritó con voz salida de lo profundo de las entrañas:—Mi hija!

Esta exclamación la dió al ver que la gitana sacaba del escapulario un zapatito igual al otro; el que llevaba consigo Esmeralda tenia cosido un pergamino, en que estaban escritos estos versos:

*Quando halles el compañero,
tu brazo estará en las manos
de tu madre prisionero.*

Con la rapidez del relámpago confron-

tó Gudula los dos zapatitos, leyó la inscripción del pergamino y encajó en las rejas de la ventana su rostro, radiante de celeste alegría, gritando:

—Mi hija! mi hija!

—Mi madre! respondió la gitana.

Renunciamos á describir semejante situación.

Una pared y unas barras de hierro separaban á las dos.

—Oh, verla y no poderla abrazar! Dame, dame tu mano!

La jóven pasó el brazo por los hierros de la ventana; precipitóse la reclusa sobre la mano de su hija, pegó á ella los labios y se quedó abismada en aquel beso, sin dar otra señal de vida que los sollozos que por intervalos agitaban su cuerpo: en la oscuridad caian de sus ojos lágrimas abundantes, como lluvia nocturna. La pobre madre desaguaba sobre aquella mano adorada el torrente de llanto que manaba de su interior durante el espacio de quince años.

Despues se irguió súbitamente; apartó los largos y canos cabellos de la frente, y sin hablar empezó á sacudir con ambas manos las barras de su prision, furiosa como una leona. Pero las rejas resistieron; entonces fué al rincón de su celda y cogió una enorme piedra, que la servia de almohada, y la tiró á los hierros con tal violencia, que una de las barras se rompió, lanzando chispas: arrojó luego, por segunda vez, la piedra contra las barras con tal fúria, que desencajó completamente la vieja cruz de hierro que atravesaba la ventana, y despues, con las dos manos, acabó de romper y de separar los trozos enmohecidos de la reja. Hay momentos en los que las manos de la mujer adquieren fuerza sobrehumana.

Dejó abierto el paso, operación que fué rápida, y cogiendo á su hija por la cintura, la metió en la celda.

—Ven, la dijo, que quiero sacarte del fondo del abismo.

Quando Esmeralda estuvo dentro de la celda, la colocó en el suelo suavemente: despues la levantó y la llevaba en brazos, como si fuese todavía la Inesita de un año, y así iba y venia con ella por la estrecha jaula, ébria, alegre, gritando, cantando, besándola, lanzando carcajadas y deshaciéndose en lágrimas, todo á un tiempo y con delirio.

—Hija mia! decia. Ya tengo á mi hija, está aquí á mi lado. Dios me la devuelva... Venid todos á verla!... ¡Señor, quince años me la habeis hecho esperar, pero

ha sido para volvérmela más hermosa que nunca. Las gitanas no se la comieron. Quién dijo eso? Hija mia, hija mia, bésame. Las gitanas no son tan infames, y yo ya quiero á las gitanas.—Oh, sí! eres tú! Por eso el corazón me daba un vuelco cada vez que pasabas, y yo lo atribuía al odio. ¡Perdóname, Inesita, perdóname! ¿Creías que era perversa, no es verdad? y yo te amo. ¡El lunarcito del cuello lo conservas aun? Sí... ¡oh, qué hermosa eres!... Te amo... ¿Qué me importa ahora ya que otras madres tengan hijos? Ahora ya me rio de ellas. Que vengan, que aquí tengo yo la mia; que vengan y se convencerán de que no tienen ninguna tan hermosa como esta criatura, que atraerá á todos los galanes que quiera. Quince años he llorado y toda mi hermosura se pasó á tí, y ahora la tienes tú; bésame.

Así la decia mil cosas extravagantes, en las que solo era bello el sentimiento con que las pronunciaba; descomponia la ropa de la jóven, hasta el extremo de hacerla ruborizar; la alisaba con la mano la sedosa cabellera, la besaba el pié, la rodilla, la frente, los ojos, y se extasiaba en ella. Esmeralda la dejaba hacer, repitiendo á intervalos en voz baja y con dulzura infinita:—¡Madre mia!

—Mira, hija mia, proseguia la reclusa, interpolando con besos sus palabras; mira... te querré muchísimo. Saldremos de aquí y seremos muy dichosas... heredé algo en nuestro país... en Reims. Pero tú no sabes esto... eras demasiado pequeña. ¡Si supieras qué linda eras cuando tenias cuatro meses! Tenias los piecitos tan monos, que venian á verlos por curiosidad desde Epernay, que dista siete leguas de Reims. Tendremos un campo y una casa. Te acostaré en mi cama. ¡Dios mio, Dios mio, quién me habia de decir que encontraria á mi hija!...

—Madre mia, contestó al fin la jóven, adquiriendo para hablar las fuerzas que le hizo perder la conmoción; ya me lo decia la gitana.—Habia en nuestra tribu una buena mujer, que murió el año pasado, y que cuidó siempre de mí como una madre; ella fué quien me puso este saquito al cuello. A todas horas me decia:—Niña, guarda esa alhaja, que es un tesoro que te hará encontrar á tu madre; llévasla á tu madre al cuello.—¡Bien me lo predijo la gitana!

Gudula abrazó otra vez á su hija.

—Quando estemos en nuestro país cal-

zaremos á un Niño Jesús con los zapatos, porque este encuentro se lo debemos á la Santa Virgen. ¡Dios mío, qué voz tan dulce tienes! Cuando me hablabas antes tu voz me parecía una música. ¡Qué alegría tengo, Señor, de haber encontrado á mi hija! No se muere de alegría cuando yo no me he muerto ahora. Vamos á ser muy felices.

Resonaron en aquel instante en la covacha ruido de armas y el galope de los caballos que desembocaban por el puente Nuevo, y que por momentos se acercaban á la plaza. La gitana se arrojó con angustia en brazos de la reclusa.

—Salvadme! Salvadme, madre mía! Salvadme, que ya vienen!

Gudula palideció.

—Qué estás diciendo? Lo había olvidado. Te persiguen! Qué has hecho?

—No lo sé, respondió la desventurada jóven, pero estoy sentenciada á muerte.

—A muerte! exclamó Gudula estremeciéndose.

—Sí, madre mía, quieren matarme y vienen á prenderme. Han levantado esa horca para mí. ¡Salvadme, que vienen; salvadme!

La reclusa permaneció unos instantes como petrificada; luego meneó la cabeza en señal de duda, y de pronto prorumpió en una carcajada, en una de sus espantosas carcajadas.

—¡Oh, no, no; es una ilusión eso que me dices! Pues qué, ¿habrá estado perdida para mí durante quince años y luego la he de recuperar para un solo minuto? Imposible! ¿Me la arrancarían de los brazos ahora que es hermosa, que es alta, que me habla, que me quiere? ¿Habían de venir á matarla delante de mí, de mí, que soy su madre? ¡Oh, no, no; eso no es posible! Dios no lo permitirá.

Hizo alto la cabalgata, y se oyó una voz lejana que decía:

—Por aquí, señor Tristán; el sacerdote dice que la encontraremos en la covacha de la Torre Roland.

Luego se oyó otra vez el ruido de los caballos.

La reclusa se puso en pié, lanzando un grito de desesperación.

—Sálvate, hija mía! Ya lo recuerdo todo, tienes razón. Dicen tu nombre. Qué horror!... Sálvate!

Asomó la cabeza á la ventana y la retiró en seguida.

—Permanece aquí, la dijo en voz baja, cortada y lúgubre, estrechando convulsivamente la mano de la gitana, que estaba más muerta que viva. Estáte

aquí... contén el aliento... hay soldados por todas partes y no puedes salir... ya es tarde.

La reclusa tenía los ojos secos y ardientes. Permaneció unos instantes sin hablar, dando largos pasos por la celda. De repente dijo:

—Se acercan; quiero hablarles. Ocúltate en este rincón y no te verán. Les diré que te has escapado, que yo te he dejado ir.

Colocó á su hija en un ángulo de la covacha que no se veía desde fuera. Acurrucóla allí con el mayor cuidado, arreglándola de modo que ni sus piés ni sus manos saliesen de la sombra; la destrenzó la cabellera, que esparció sobre la falda para cubririrla; puso delante de ella el cántaro del agua y la piedra, únicos utensilios que poseía, imaginándose que la piedra y el cántaro pudiesen esconderla mejor. Terminada esta breve operación, quedó más serena, se puso de rodillas y rezó; el día, que acababa de despuntar, dejaba aun bastante oscuridad en la covacha.

En aquel instante oyóse junto á la celda la voz infernal del sacerdote, que gritaba:

—¡Por aquí, capitán Febo de Chateaupers!

Al oír este nombre la Esmeralda, oculta en un rincón, hizo involuntario movimiento.

—No te menees! la dijo Gudula.

Apenas pronunció dichas palabras, un tropel de hombres, de espadas y de caballos, se paró alrededor de la celda. Levantóse al instante la reclusa y se colocó delante de la ventana para cercarles el paso, y vió gran número de hombres armados, á pié y á caballo, alineados en la plaza de la Grève. El que los mandaba se apeó y se acercó á la reclusa.

—Vieja, la dijo el hombre, que tenía semblante atroz; vamos buscando á una bruja para ahorcarla y nos han dicho que tú la tenías.

Revistiéndose la pobre madre de la mayor indiferencia que pudo, respondió:

—No sé lo que queréis decir.

—Vive Dios! exclamó el jefe; ¿pues qué diablos decía el loco del arcediano? ¿Dónde está?

—Señor, le contestó un soldado; ha desaparecido.

—Vamos, vieja loca, cuidado con mentir. Sé que te encargaron que retuvieses á esa bruja; ¿qué has hecho de ella?

La reclusa no quiso negarlo todo por temor á infundir sospechas, y respondió con acento sincero y gruñón:

—Si habláis de una jóven que dejaron hace poco entre mis uñas, os diré que me dió un mordisco y tuve que soltarla. Ya os he dicho lo que sé; dejadme en paz.

El comandante hizo un gesto de desagrado.

—No me mientas, repuso, espectro del infierno. Yo soy Tristán l' Hermite, ¿lo oyes? Mi nombre tiene mucho eco en la plaza de la Grève.

—Aunque fuérais el mismo Satanás, replicó Gudula, que iba cobrando esperanzas, no tendría más que deciros ni me causaríais miedo tampoco.

—Vive Dios, que es toda una mujer! conque se ha escapado la hechicera? ¿Por dónde echó á correr?

Gudula contestó con indiferencia:

—Por la calle del Carnero, si no me equivoco.

Tristán volvió la cabeza é hizo señal á su tropa de ponerse en marcha.

La reclusa respiró.

—Monseñor, dijo de improviso un arquero; preguntad á esta vieja bruja por qué están rotos los hierros de su ventana.

Esta pregunta llenó de sobresalto el corazón de la desventurada madre. Esto no obstante, no perdió la serenidad.

—Siempre han estado así, contestó con voz balbuciente.

—Bah! ayer aun formaban una hermosa cruz negra, que atraía á los devotos.

Tristán miró oblicuamente á Gudula.

—Me parece que se turba la vieja! dijo para sí.

Conoció la desdichada que todo dependía de la firmeza de su ánimo, y con la muerte en el alma se puso á reír burlescamente. Las madres tienen valor para esto.

—Bah! exclamó, ese hombre está borracho; hace más de un año que la traseira de una carreta de piedras se enganchó en la ventana y echó abajo la reja. Como que dije mil injurias al carretero!

—Es verdad, contestó otro arquero; yo estaba presente.

Siempre se encuentran por todas partes gentes que lo ven todo: el inesperado testimonio del arquero reanimó á la reclusa, á la que este interrogatorio hacia atravesar por encima de un abismo sobre el filo de un cuchillo.

Pero estaba condenada la infeliz á una

alternativa continua de esperanza y de sobresalto.

—Pues si hubiese hecho ese destrozo una carreta, repuso el primer soldado, los pedazos de las barras hubieran caído hácia dentro y no hácia fuera.

—Tienes buen olfato para pesquisidor del Chatelet, dijo Tristán al arquero.— Responde, buena vieja, á lo que observa.

—Dios mío! exclamó la pobre, acosada en sus últimas trincheras y con la voz anegada en lágrimas á su pesar; os juro, monseñor, que fué una carreta la que rompió estos hierros. Ya habeis oído que hay aquí quien lo presencié. Además, qué tiene esto que ver con la gitana?

—Diablo! contestó el soldado, envanecido con el elogio del preboste: las rupturas de los hierros están frescas.

Meneó Tristán la cabeza y la pobre reclusa quedó pálida como un espectro.

—¿Cuánto tiempo hace que pasó esa carreta? la preguntó.

—Un mes... quince días... no recuerdo bien.

—Antes dijo que hacia más de un año, observó el arquero.

—Eso está muy turbio, contestó Tristán.

—Monseñor, gritó la reclusa, que permanecía pegada á la ventana y que temía que las sospechas les impulsaran á meter en ella la cabeza y á mirar dentro de la celda; monseñor, os juro que una carreta rompió los hierros, os lo juro, y que me condene si no es verdad.

—Juras con demasiado calor, la contestó el preboste, lanzándola sus miradas inquisidoras.

La pobre mujer perdía poco á poco la serenidad; conocía que era poco hábil para fingir y que no decía lo que convenía decir.

En esto se presentó otro soldado gritando:

—Señor, esa bruja miente; la hechicera no ha podido escaparse por la calle del Cordero, porque la cadena estuvo tendida toda la noche y el centinela á nadie vió pasar.

Tristán, cuya fisonomía era cada vez más siniestra, interpeló así á la reclusa:

—Qué contestas á eso?

Procuró hacer frente á este nuevo ataque y dijo:

—Que no sé por dónde se escapó, que pude engañarme y quizás atravesase el río.

—Precisamente eso es al lado opuesto, y no es probable que hubiese ido á refu-

giarse en la Cité, en donde sabia que la van buscando. Mientes, vieja.

—Además, añadió el primer soldado, no hay lanchas á esta orilla del rio ni á la otra.

—Le atravesaria á nado, replicó Gudula, defendiendo á palmos el terreno.

—Nadan acaso las mujeres? preguntó el soldado.

—Pardiez, que me estás mintiendo! exclamó Tristán montado en cólera. Tentaciones me dan de no perseguir á la bruja y de ahorcarte en su lugar: un cuarto de hora de tormento te arrancará la verdad. Ea, ven con nosotros.

—Como querais, monseñor. Estoy dispuesta. Vamos al tormento al instante. —Durante este tiempo, decia la reclusa para sí, podrá escaparse mi hija.

—Tiene apetito de potro: ¡vive Dios, que no lo comprendo! exclamó el preboste.

Un soldado de la ronda, cano y viejo, salió de las filas, y dirigiéndose á Tristán, le dijo:

—Señor, esa mujer está loca. Si soltó á la gitana no habrá sido por su voluntad, porque es enemiga de las egipcias. Hace quince años que pertenezco á la ronda y todas las noches la oigo execrarlas y maldecirlas. Si la que perseguimos es, como creo, la jóven que lleva una cabra, es precisamente la que esta vieja más aborrece.

Gudula hizo un esfuerzo y contestó:

—Es precisamente la que más aborrezco.

El testimonio unánime de los soldados de la ronda confirmó al preboste las palabras del viejo. Tristán l' Hermite, desesperando de poder averiguar nada por medio de la reclusa, le volvió la espalda, y la infeliz le vió con ansiedad inexplicable dirigirse con lentitud á montar á caballo.

—¡Vamos, decia entre dientes, en marcha! A buscar por otra parte; no me acuesto hasta que consiga que ahorquen á la gitana.

Sin embargo, titubeó unos momentos antes de montar.

Gudula se estremecia de zozobra y de angustia al verle dirigir por toda la plaza las inquietas miradas del perro de caza, que siente que no está lejos la madriguera del conejo y que se resiste á alejarse, pero al fin el preboste movió la cabeza y se afirmó en la silla del caballo. Dilatóse el corazon horriblemente comprimido de Gudula, y se dijo á sí misma en voz baja, despues de echar una

mirada á su hija, á la que no se habia atrevido á mirar hasta entonces:—¡Ya está libre!

La pobre jóven pasó todo aquel tiempo acurrucada en el rincon, sin moverse y sin respirar, con la idea de tener la muerte ante ella. No perdió ni el detalle más mínimo de la escena ocurrida entre Gudula y Tristán, y cada una de las agonías de su madre habia repercutido en su corazon. Oyó todos los crugidos del hilo que la tenia suspendida sobre el abismo, y que creyó que se rompía varias veces, y ya por fin empezaba á respirar y sentirse los piés apoyados en tierra firme. En aquel momento oyó una voz que le decia á Tristán:

—Rayos y truenos! monseñor preboste, no me atañe á mí, hombre de armas, eso de ahorcar hechiceras; la canalla popular ya está fuera de combate, y os dejo para que despacheis vos ese asunto. Me permitireis que vaya á reunirme con mi compañía, que ahora se encuentra sin capitán.

Esta voz era la de Febo de Chateaupers. No se puede expresar lo que sintió Esmeralda al oirla. Allí estaba su amigo, su protector, su apoyo, su asilo, su Febo. Se levantó con rapidez, y antes de que su madre hubiera podido impedirlo, se abalanzó á la ventana, gritando:—¡Ven aquí, Febo! Febo mio!

El capitán ya no estaba en la plaza; acababa de volver al galope la esquina de la calle de la Contellerie; pero en cambio Tristán no se habia marchado aun.

Arrojóse la reclusa sobre su hija, lanzando un rugido, y la retiró con violencia hácia atrás, clavándola las uñas en el cuello. Una madre tigre no repara en eso; pero ya era tarde, porque Tristán habia visto á la gitana.

—¡Já, já, já! exclamó éste con una risa que descubria todos sus dientes y que daba á su cara la semejanza del hocico del lobo; ¡dos ratones en la ratonera!

—Ya lo sospechaba yo, le contestó el soldado.

—No eres mal gato! le dijo Tristán, dándole una palmada en el hombro. Vamos, añadió, ¿dónde está Enrique Cousin?

Al preguntar esto, salió de entre las filas un hombre que no tenia facha ni llevaba el uniforme del soldado. Iba vestido la mitad de color gris y la otra mitad de color oscuro. Llevaba el cabello aplastado sobre la frente, mangas de

cuero y en la mano un gran rollo de cuerda. Aquel hombre acompañaba siempre á Tristán, como éste acompañaba siempre á Luis XI.

—Amigo, le dijo el preboste, presumo que está aquí la bruja que buscamos. Vas á ahorcarla. Traes la escalera?

—Hay una debajo del cobertizo de la casa de los Pilares, respondió el hombre. Vamos á despachar en esta justicia? preguntó, señalando la horca de piedra.

—Sí.

—Pues entonces, repuso el hombre, con risa más bestial aun que la del preboste, no tenemos mucho que andar.

—Despacha, le contestó Tristán; ya te reirás despues.

La reclusa, desde que Tristán vió á Esmeralda y se desvaneció su última esperanza, no habia pronunciado ni una palabra. Dejó á la gitana medio muerta en un rincon de la celda y volvió á colocarse en la ventana, apoyando las manos en el ángulo del marco, como dos garras. En esta actitud paseaba con intrepidez por todos los soldados la mirada insensata y feroz. Cuando Enrique Cousin se acercó á la covacha, puso tan terrible el rostro, que retrocedió el sayon.

—Señor, preguntó, volviéndose á donde estaba el preboste; ¿á cuál hay que ahorcar?

—A la jóven.

—Tanto mejor, porque á la vieja me parece muy difícil.

—Pobre bailarina de la cabra! exclamó el viejo soldado de la ronda.

Acercóse Enrique Cousin á la ventana; la mirada de Gudula le hizo bajar la vista y decir con timidez:—Señora...

Ella le interrumpió con voz baja, pero furiosa:

—¿Qué quieres?

—No hablo con vos, dijo, hablo con la otra.

—¿Qué otra?

—La jóven.

La reclusa sacudió la cabeza, gritando:

—Aquí no hay nadie! ¡Aquí no hay nadie!

—Sí, repuso el verdugo; ya sabes que sí. Dejadme ahorcar á la jóven... no vengo á haceros daño.

—Ah! exclamó con expresion extraña; conque no vienes á hacerme daño!...

—Entregadme la otra; el señor preboste lo manda.

—Aquí no hay nadie! volvió á repetir.

—Os digo que sí, replicó el verdugo; todos hemos visto que érais dos.

—Pues bien, le contestó la reclusa; mete la cabeza por la ventana.

Examinó el verdugo las uñas de Gudula y no se atrevió á obedecerla.

—Vamos! despacha! gritó Tristán, que acababa de formar su gente en círculo alrededor de la Torre Roland y que estaba á caballo cerca del patíbulo.

El verdugo, turbado, se volvió á acercar al preboste y le preguntó:

—Señor, por dónde se entra?

—Por la puerta.

—No hay puerta en la covacha.

—Por la ventana.

—Es muy estrecha.

—Ensáchala, le contestó colérico Tristán. No tienes azadones?

Desde el fondo del antro, Gudula, siempre en guardia, lo observaba todo. No abrigaba la menor esperanza ni sabia lo que hacer, pero no queria que le arrebataren á su hija.

Enrique Cousin fué á buscar la caja de las herramientas de carpintería que estaba bajo el cobertizo de la casa de los Pilares, de donde sacó tambien la escala de tijera, que arrimó en seguida á la horca. Cinco ó seis hombres del Prebostazgo se armaron de picos y de palancas, y Tristán con ellos se dirigió á la ventana de la celda.

—Ea! buena vieja, la dijo el preboste con tono severo, entrérganos á esa jóven.

La reclusa le miró como si no le comprendiera.

—Vive Dios! exclamó Tristán, ¿qué empeño tienes en impedir que ahorquemos á esa bruja como el rey manda?

La desdichada se echó á reir con risa feroz.

—Por qué me empeño? porque es mi hija.

El acento que imprimió á estas palabras hizo estremecer hasta al mismo Enrique Cousin.

—Lo siento, contestó el preboste, pero esa es la voluntad del rey.

—Y qué me importa á mí el rey? gritó, repitiendo su terrible risa. ¡Cuando te digo que es mi hija!...

—Agujeread la pared, dijo Tristán.

Bastaba para dejar espedita una abertura bastante ancha sacar de quicio una fila de piedras bajo la ventana. Cuando oyó la reclusa que zapaban su fortaleza los picos y las palancas, lanzó un grito espantoso y luego empezó á dar vueltas alrededor de la covacha, costumbre de fiera que le hizo adquirir aquella jaula.

No hablaba, pero brotaban llamas de sus ojos. Los soldados estaban sobrecogidos de espanto.

De improviso cogió la reclusa con las dos manos la enorme piedra que le servía de almohada y la arrojó con fuerza contra los trabajadores, riendo á carcajadas. La piedra, mal dirigida, porque temblaban las manos que la dispararon, á nadie tocó, y fué á caer á los piés del caballo de Tristán.

En aquellos momentos, aunque el sol no brillaba aun en el horizonte, era ya de día. Matiz rosado teñía las viejas chimeneas de la casa de los Pilares y era ya la hora en que se abrían las primeras ventanas de la gran ciudad. Algunos campesinos y algunas fruterías que acudían á los mercados, montados en sus burros, empezaban á atravesar la plaza de la Grève, se detenían un instante delante del grupo de soldados apiñados alrededor de la Torre Roland, los contemplaban atónitos y despues pasaban adelante.

La reclusa se sentó cerca de su hija, la cubrió con su cuerpo, se pegó á ella, mirándola fijamente y oyendo á la pobre jóven, que, inmóvil, solo murmuraba un nombre en voz baja:—Febo! Febo!... A medida que adelantaba el trabajo de los soldados, retrocedía maquinalmente la madre y apretaba más y más á su hija contra la pared. Vió de repente que la fila de piedras se movía y oyó la voz de Tristán que alentaba á los trabajadores: entonces salió del abatimiento en que habia caído hacia algunos instantes y empezó á gritar. Mientras hablaba, su voz desgarraba los oídos como una sierra y retumbaba como si todas las maldiciones se hubiesen amontonado en sus labios para estallar á la vez.

—Oh, qué horror! Sois unos infames! ¿Es cierto que quereis arrebatarme á mi hija? Oh, cobardes! villanos, verdugos! miserables asesinos! ¿Me robarán á mi hija? y Dios lo consentirá?... Socorro! Socorro!

Encarándose con Tristán, echando espumarajos por la boca, con los ojos desencajados y á cuatro piés, como una pantera, le dijo:

—Acércate á quitarme mi hija. ¿No oyes que te digo que soy su madre? ¿Sabes tú lo que es tener una hija? Lobo cerval, ¿te has juntado alguna vez con tu loba y has tenido de ella algun lobato? Si los tienes, cuando aullan, ¿no sientes algo que muerde las entrañas?

—Echad abajo esas piedras; ya están casi en el aire, dijo Tristán.

Entonces levantaron con las palancas la fila maciza, que era la última trinchera de la reclusa. Lanzóse encima de ella, quiso detenerla en su caída, arañó la piedra con las uñas, pero el maciso promontorio, puesto en movimiento por seis hombres, se le escapó de entre las manos y se deslizó lentamente á lo largo de las palancas de hierro.

Gudula, viendo expedita la entrada, se echó atravesada delante de la abertura, amurallando la brecha con su cuerpo, torciéndose los brazos, dando golpes en el suelo con la cabeza y gritando con voz ronca y debilitada por la fatiga:—Socorro! fuego! fuego!...

—Apoderaos ahora de la jóven, dijo el impasible Tristán.

La reclusa miró á los soldados con tal ferocidad, que éstos más deseos tenían de retroceder que de avanzar.

—Ea, adelante, repuso el preboste. Entra tú el primero, Cousin.

Nadie se movió.

—¡Vive Dios, mis hombres de guerra tienen miedo á una mujer!

—Monseñor, contestó el verdugo, ¿á eso llamais una mujer?

—Tiene melena de león, dijo otro.

—Vamos, repitió el preboste; el agujero es bastante ancho. Penetrad en él tres de frente, como en la brecha de Pontoise. Acabemos de una vez. Al primero que retroceda le abro de arriba á bajo, vive Cristo!

Colocados entre el preboste y la reclusa, que amenazaban, los soldados titubearon un momento, pero pronto se resolvieron y avanzaron hácia la celda.

Cuando Gudula los vió llegar púsose bruscamente en pié, separó la cabellera que le cubría el rostro y dejó caer sobre los muslos las flacas y descarnadas manos. Salieron entonces una á una gruesas lágrimas de sus ojos, empezó al mismo tiempo á hablar, pero con voz tan suplicante, tan tierna y tan sumisa, que alrededor de Tristán, más de un viejo sotacómitre, capaz de comer carne humana, se enjugaba los ojos.

—Señores soldados, escuchadme por Dios una palabra: es mi hija, no sabéis? una hija que he llorado perdida durante muchos años.—Es una historia muy larga. Conozco muy bien á los soldados; eran muy buenos para mí, cuando los muchachos me tiraban piedras porque me habia dedicado de lleno á la vida del amor.—Estoy segura de que me dejareis

á mi hija cuando lo sepais todo. Yo fui una infeliz ramera... las gitanas me robaron á mi hija... y yo hace quince años que guardaba su zapatito.—Aquí está... vedle aquí... mirad qué pié tenia... En Reims... La Chantefleuri, calle de Follé-Peine! Puede que la hayais conocido... era yo. Entonces, cuando érais jóvenes, se pasaba la vida alegremente.—¿No es verdad, señores, que tendreis compasion de mí? Las gitanas me la robaron y me han tenido privada de ella durante quince años.—Yo creí que habia muerto... Quince años he pasado en esta covacha, sin fuego en el invierno... Esto es muy duro... Pobre zapatito!... Tanto he gritado que al fin el Señor me ha oído.—Esta noche me devolvió á mi hija... es un milagro de Dios... no habia muerto.—No me la quitareis, estoy segura de ello. Aun si se me llevarais á mí, bien; ¡pero á ella, que es una criatura de diez y seis años!... ¡Dadla tiempo para ver el sol!... Qué daño os ha hecho? Ninguno, ni yo tampoco... ¡Si supierais que no tengo á nadie en el mundo más que á esta niña, que soy ya una anciana y que ella es una bendicion que me envía la Virgen!... Además, ¡todos sois muy buenos! Antes no sabiais que era mi hija, pero ahora ya lo sabeis, y ¡la quiero tanto! Señor preboste, prefiriera que me agujereasen las entrañas que ver una desolladura en sus dedos. ¡Me pareceis tan buen señor!... ¡Oh, monseñor, si habeis tenido madre y sois el capitán, dejadme á mi hija! Considerad que os lo pido arrodillada, como se lo pediría á un Jesucristo. No pido nada á nadie: soy de Reims, señores, y allí tengo una hacienda que heredé de mi tío Mahiet Pradon.—No soy una vagabunda, solo pido á mi hija. ¡Dios, que es el dueño de todo, no me la habrá devuelto inútilmente! Me hablais del rey? Pues yo sé que no le complacerá que maten á mi hija! ¡El rey es tan bueno! ¡Es la hija de mis entrañas! No es del rey, ni vuestra, es mia. Quiero irme de aquí, queremos irnos; y cuando dos mujeres, que una es la madre y la otra la hija, pasan, se las deja pasar. Dejadnos pasar! Somos de Reims. Sé que todos sois buenos y á todos os quiero de corazón. ¡No me arrebatáreis á mi pobre hija, es imposible! ¿Verdad que eso es imposible? Hija mia! ¡hija mia!

No trataremos de dar una idea de su ademan, de su acento, de las lágrimas que bebia mientras hablaba, de cómo cruzaba y se retorcia las manos, de las

miradas delirantes, de los gemidos, de los suspiros, de los gritos horribles y penetrantes que mezclaba á sus palabras sin orden, locas y truncadas.

Cuando calló, frunció las cejas Tristán l' Hermite, pero fué para ocultar una lágrima que brillaba en sus ojos de tigre. Venció, sin embargo, aquel momento de debilidad y dijo con tono decisivo:

—El rey lo manda.

Luego se acercó al oído de Enrique Cousin y le dijo en voz baja:

—Dáte prisa.

El formidable preboste sentia quizás desmayar su corazón.

Penetraron en la covacha el verdugo y los soldados. Gudula no hizo la menor resistencia; llegóse á rastras hasta donde estaba su hija y cayó sobre ella como un cuerpo muerto. La gitana vió aproximarse á los soldados. El horror á la muerte la reanimó.

—Madre mia! dijo con inexpressable acento de amargura; que vienen!... ¡defendedme!...

—Sí, amor mio, ya te defiendo, la respondió su madre con voz doliente, y estrechándola convulsivamente entre sus brazos, la cubrió de besos.

La madre sobre la hija en tierra ofrecían un espectáculo que inspiraba lástima.

Cogió el verdugo á Esmeralda por la cintura: cuando ésta sintió que la asían ásperas manos, lanzó la infeliz un grito y se desmayó; el verdugo, que dejaba caer gota á gota sus lágrimas sobre ella, quiso cogerla en brazos. Procuró desasir á la madre, que habia anudado, por decirlo así, sus dos manos en torno de la cintura de su hija, pero estaba agarrada con tal fuerza á la jóven, que le fué imposible separarlas. Enrique Cousin sacó de la celda á la gitana arrastrando y á la madre detrás de ella; la madre tambien tenia los ojos cerrados.

En aquel momento salía el sol y ya habia en la plaza mucha gente que miraba desde lejos lo que llevaban arrastrando por el empedrado hácia la horca. Porque la costumbre del preboste en las ejecuciones era el impedir que los curiosos se acercasen.

No se veía gente en las ventanas. Solo se distinguían á lo lejos, en lo alto de la torre de Nuestra Señora, que domina la plaza de la Grève, dos hombres, cuyos bultos negros se destacaban sobre el cielo claro de la mañana y que contemplaban aquella escena.